

XXII

PALMO Á PALMO

Cuando no quedaron vivos más jefes que Enjolras y Mario en los dos extremos de la barricada, el centro, que habían sostenido tanto tiempo Courfeyrac, Joly, Bossuet, Feuilly y Combeferre, cedió. El cañón, sin abrir una brecha practicable, había ensanchado bastante la parte media del reducto. El borde superior de la pared había desaparecido, desmoronándose á impulso de las balas, y los escombros que caían, ya interior, ya exteriormente, acabaron por formar, amontonándose á ambos lados, dos declives; uno dentro y otro fuera. El declive exterior presentaba á los sitiadores un plano inclinado.

Intentóse por allí un asalto decisivo y esta vez salió bien. La masa erizada de bayonetas, marchando al paso gimnástico, llegó con irresistible empuje, y el espeso frente de batalla de la columna de ataque apareció entre el humo en lo alto de la escarpa. Entonces no hubo ya remedio. El grupo de insurrectos que defendía el centro retrocedió en desorden.

Despertóse á la sazón en algunos el sombrío amor á la vida. Viéndose blanco de aquella selva de fusiles, no querían ya morir. Es un minuto en que el instinto de la conservación lanza alaridos y en que

el animal reaparece en el hombre. Estaban arrimados á la casa de seis pisos que servía de fondo al reducto. Esta casa podía ser para ellos la salvación. Hallábase barreada y como tapiada de arriba abajo. Antes que la tropa de línea estuviese en el interior del reducto, tenía tiempo de abrirse y cerrarse una puerta; para esto bastaba la duración de un relámpago, y la puerta de la casa, entreabierta de improviso y cerrada en seguida, era la vida para aquellos desesperados. Por detrás de la casa había calles y la fuga posible, el espacio. Pusiéronse á pegar con la culata de los fusiles y con el pie contra la puerta, llamando, gritando, suplicando, juntando las manos. Nadie abrió. La cabeza muerta los miraba desde el ventanillo del tercer piso.

Pero Enjolras, Mario y siete ú ocho más que los seguían, corrieron á protegerlos. Enjolras había gritado á los soldados: —¡Deteneos! Y como un oficial no obedeciese la intimación, Enjolras lo dejó muerto en el acto. Encontrábase ahora en el pequeño patio interior del reducto, respaldado en la casa de Corinto, con la espada en una mano y la carabina en la otra, teniendo abierta la puerta de la taberna, que impedía traspasar á los sitiadores. Desde allí gritó á los desesperados:

—No hay más que una puerta abierta. Esta.

Y cubriéndolos con su cuerpo y haciendo él solo cara á un batallón, les dió tiempo para que pasasen por detrás.

Todos se precipitaron dentro. Enjolras, ejecutando con su carabina, de la que se servía como si fuera un bastón, lo que los peritos llaman molinete, paró los golpes de los bayonetazos al rededor y delante de sí y entró el último. Hubo un instante horrible, queriendo penetrar los soldados y cerrar los insurrectos. La puerta se cerró al fin con tal violen-

cia, que al encajar en el quicio, dejó ver cortados y pegados al dintel los cinco dedos de un soldado que se había asido de ella.

Mario se quedó afuera; una bala acababa de romperle la clavícula y se sintió desmayar y caer. En aquel momento, ya cerrados los ojos, experimentó la conmoción de una vigorosa mano que le cogía y su desmayo le permitió apenas este pensamiento en que se mezclaba el supremo recuerdo de Cosette:

—Soy hecho prisionero y me fusilarán.

Enjolras, no viendo á Mario entre los que se refugiaron en la taberna, tuvo la misma idea. Pero habían llegado al punto en que no restaba á cada cual más tiempo que el de pensar en su propia suerte. Enjolras sujetó la barra de la puerta, echó el cerrojo, dió dos vueltas á la llave, ejecutó lo mismo con el cadenado, mientras que por la parte de afuera atacaban furiosamente los soldados con las culatas de los fusiles y los zapadores con sus hachas. Empezaba el sitio de la taberna.

Los soldados, preciso es decirlo, estaban encendidos de cólera.

La muerte del sargento de artillería los había irritado, y lo que era aún más terrible, en las pocas horas anteriores al ataque, había circulado entre ellos la noticia de que los insurrectos mutilaban á los prisioneros y que se veía en la taberna el cadáver de un soldado sin cabeza. Esta clase de rumores fatales acompaña de ordinario á las guerras civiles, y uno por el estilo causó más adelante la catástrofe de la calle de Transnonain.

Cuando la puerta estuvo barreada, Enjolras dijo á los suyos:

—Vendámonos caros.

Después se acercó á la mesa donde estaban tendidos Mabeuf y Gavroche. Veíanse bajo el paño ne-

gro dos formas derechas y rígidas, una grande y otra pequeña, y las dos caras se bosquejaban vagamente bajo los pliegues fríos del sudario. Una mano asomaba por debajo del paño, colgando hacia el suelo. Era la del anciano.

Enjolras se inclinó y besó aquella mano venerable, lo mismo que el día antes había besado la frente.

Fueron los dos únicos besos que dió en su vida.

Para abreviar: la barricada había luchado como una puerta de Tebas; la taberna luchó como una casa de Zaragoza. Semejantes resistencias son feroces. Nada de cuartel. Nada de capitulación. Se quiere morir con tal de matar. Cuando Suchet dice:

—Capitulad.

Palafox responde:

—Después de la guerra del cañón, la del cuchillo.

Nada faltó á la toma por asalto de la taberna de Hucheloup; ni los adoquines lloviendo de la ventana y el tejado sobre los sitiadores y exasperando á los soldados con aplastamientos horribles; ni los disparos desde las cuevas y las buhardillas; ni el furor del ataque; ni la rabia de la defensa; ni, al fin, cuando cedió la puerta, la frenética demencia del exterminio.

Los sitiadores, al precipitarse dentro de la taberna, con los piés enredados en los tableros de la puerta rota y derribada, no encontraron un solo combatiente. La escalera en espiral, cortada á hachazos, yacía en medio de la sala baja; algunos heridos acababan de espirar; los que aún vivían estaban en el piso principal; y allí, por el agujero del techo que había servido de encaje á la escalera, empezó un espantoso fuego. Eran los últimos cartuchos. Una vez quemados, sin pólvora ya ni balas aquellos formidables agonizantes, tomó cada cual en la mano dos de las botellas reservadas por Enjolras, que he-

mos mencionado antes, é hicieron frente al enemigo con estas mazas horriblemente frágiles. Eran botellas de agua fuerte.

Referimos los hechos lúgubres de la matanza tales cuales son. El sitiado ¡ay! echa mano de todo. El fuego griego no ha deshonrado á Arquímedes, ni la pez derretida á Bayardo. La guerra es todo espanto y no hay en ella nada que elegir.

La fusilería de los sitiadores, aunque con la molestia de tener que dirigirse de abajo arriba, era mortífera. Pronto el borde del agujero del techo se vió rodeado de cabezas de muertos, de donde corría la sangre en rojos y humeantes hilos. El ruido era indecible; un humo espeso y ardiente esparcía casi la noche sobre aquel combate. Faltan palabras para expresar el horror cuando ha llegado á este punto. No había ya hombres en aquella lucha, ahora infernal. No eran gigantes contra colosos. Parecía más aquello á Milton y á Dante que á Homero. Demonios atacaban y espectros resistían.

Era el heroísmo monstruo.

XXIII

ORESTES EN AYUNAS Y PÍLADES EBRIO

En fin, subiéndose unos sobre otros, ayudándose con el esqueleto de la escalera, trepando por las paredes, asiéndose del techo, acuchillando al borde mismo de la trampa á los últimos que resistían, unos veinte de los sitiadores, entre soldados, guardias nacionales y guardias municipales, desfigurados la mayor parte por heridas recibidas en el rostro al verificar aquella terrible ascensión, cegados por la sangre, furiosos, salvajes, se precipitaron en la sala del piso principal. No quedaba allí más que un hombre en pie; Enjolras. Sin cartuchos ni espada, no tenía en la mano más que el cañón de su carabina, cuya culata había roto sobre la cabeza de los que entraban. Se había situado de manera que el billar le separase de sus enemigos, retrocediendo al ángulo de la sala, y allí, con la mirada altiva, la cabeza erguida y aquel trozo de arma en la mano, inspiraba aún bastante temor para que nadie osara acercársele. Oyóse gritar:

—Es el jefe. Es el que mató al artillero. Ya que se ha puesto ahí, está perfectamente. Que se quede. Fusilémosle en ese mismo sitio.

—Fusiladme,—dijo Enjolras.

Y arrojando el trozo de su carabina y cruzando los brazos, presentó el pecho.

La audacia de una muerte heroica conmueve siempre á los hombres.

En cuanto Enjolras cruzó los brazos, aceptando el fin que se le preparaba, el ruido atronador de la lucha cesó en la sala y aquel caos se convirtió repentinamente en una especie de solemnidad sepulcral. Parecía que la amenazadora majestad de Enjolras, desarmado é inmóvil, pesaba sobre el tumulto y que, con sólo la autoridad de su tranquila mirada, aquel joven, el único que no había sido herido, magnífico, ensangrentado, hermoso, indiferente como si fuera invulnerable, obligase á aquella siniestra gente á matarle con respeto. Su belleza, realizada en aquel momento por la altivez, despedía un vivísimo brillo, y como si el cansancio, lo mismo que las heridas, no tuviera poder sobre él, después de las horribles veinticuatro horas que acababan de transcurrir, estaba fresco y sonrosado. Quizá se refiriese á Enjolras el testigo que dijo luego ante el consejo de guerra:

—Había un insurrecto á quien oí llamar Apolo.

Un guardia nacional que le apuntaba bajó el cañón del fusil, diciendo:

—Paréceme que voy á fusilar una flor.

Doce hombres se formaron en el ángulo opuesto á Enjolras y montaron los fusiles en silencio.

En seguida un sargento gritó:

—¡Apunten!

Intervino un oficial.

—Esperad,—dijo.

Y añadió, dirigiéndose á Enjolras:

—¿Queréis que os venden los ojos?

—No.

—¿Sois vos, en efecto, quien mató al sargento de artillería?

—Sí.

Hacia unos instantes que se había despertado Grantaire.

Grantaire, como recordará el lector, dormía desde la vispera en la sala alta de la taberna, sentado en una silla y recostada la parte superior del cuerpo sobre una mesa.

Realizaba en toda su energía la antigua metáfora, difunto de taberna. El horrible filtro de aguardiente, cerveza y ajeno le había aletargado. Como la mesa que tenía delante era pequeña y no pudo servir para la barricada, se la dejaron. Seguía en la misma postura, con el pecho doblado y la cabeza apoyada en el brazo, cercado de vasos, chopes y botellas. Dormía con ese sueño profundo del oso entorpecido ó de la sanguijuela ya harta. Ni el fuego de los fusiles, ni el del cañón, ni la metralla que penetraba por la ventana en la sala donde estaba, ni la inmensa barahunda del asalto le despertaron. Sólo de vez en cuando respondía al cañón con un ronquido. Parecía esperar allí á que una bala le ahorrara el trabajo de abrir de nuevo los ojos. En torno de él yacían algunos cadáveres, y á primera vista no se le distinguía de los que estaban entregados al profundo sueño de la muerte.

El ruido no despierta á un borracho y si el silencio. Es una observación que se ha hecho más de una vez. La caída de todo, al rededor de Grantaire, aumentaba su letargo como si fuese un arrullo; pero la especie de alto que hizo el tumulto delante de Enjolras, fué un sacudimiento para aquel pesado sueño. Efecto parecido al de un carruaje á galope, que se detiene de improviso. Los que dormían dentro del coche se despiertan entonces.

Grantaire levantó la cabeza sobresaltado, estiró los brazos, se frotó los ojos, miró, bostezó y comprendió.

La embriaguez que concluye se asemeja á una cortina que se corre. Vese en conjunto y de una sola vez cuanto ocultaba. Todo se ofrece de repente á la memoria, y el borracho, que no sabe nada de lo que ha pasado hace veinticuatro horas, no ha acabado aún de abrir los párpados, cuando ya está al cabo de todo. Las ideas le ocurren con súbita lucidez; la opacidad de la embriaguez, especie de lejía que obscurece el cerebro, se disipa y da lugar á la clara y distinta percepción de la realidad.

Retirado como estaba Grantaire en un rincón y al abrigo de la mesa de billar, los soldados, que no separaban la vista de Enjolras, no habían advertido en él; y ya el sargento se preparaba á repetir la orden ¡apunten! cuando oyó de improviso gritar con voz robusta:

—¡Viva la república! Aquí estoy yo.

Grantaire se había levantado.

La inmensa claridad del combate, á que él no había asistido, apareció en la brillante mirada del borracho transfigurado.

Repitiendo ¡viva la república! atravesó la sala con paso firme y fué á colocarse delante de los fusiles, en pie, junto á Enjolras.

—Matad á dos de un golpe,—dijo.

Y volviéndose á Enjolras, añadió con timidez:

—¿Lo permites?

Enjolras le estrechó la mano sonriéndose.

No había acabado de sonreirse cuando sonó la detonación.

Enjolras, atravesado por ocho tiros, quedó arriado á la pared, como si las balas le hubiesen clavado allí. No hizo más que inclinar la cabeza.

Grantaire cayó á sus piés como herido del rayo.

Unos instantes después, los soldados desalojaban á los últimos insurrectos que se habían refugiado en

lo alto de la casa. Tiraban dentro de las buhardillas, al través de un enrejado de madera. Se combatía en el tejado. Se arrojaban cuerpos por las ventanas, algunos todavía vivos. Dos cazadores que intentaban poner en pie el ómnibus hecho pedazos, fueron víctimas de dos tiros de carabina, disparados de las buhardillas. Un hombre de blusa, á quien precipitaron desde aquella altura, traspasado el vientre de un bayonetazo, se revolcaba en el suelo con el estertor de la agonía. Un soldado y un insurrecto resbalaban juntos por el declive del tejado, sin querer desasirse, y caían fuerte y ferozmente abrazados. En la cueva, una lucha por el estilo, gritos, tiros, pataleo espantoso y luego el silencio. Se había tomado la barricada.

Los soldados empezaron el registro de las casas vecinas y la persecución de los fugitivos.